

Suspiro

Ya la escarcha nívea descansaba sobre los pastizales cubiertos que anunciaban el invierno. Suspiro, la vaca de los dobles propósitos que trascendía las palabras láctea y cárnica, sentía en su vientre esa picada de vacío propia de un nuevo parto. Mugió. Sintió un segundo escalofrío. Había tenido más de 10 partos, su descendencia, de hecho, hacía parte del orgullo de la campiña en la cual vivía. Ajena a todo, rumiaba la rústica vida buena procurada por el hombre que la había cuidado desde pequeña.

Extraño era este hombre. Insistía en nombrarlas, a ella y sus compañeras, con bonitos nombres rehusándose a llamarlas con números como hacía un antipático vecino. Además, criaba animales para que otros los acabasen de levantar luego. “Darlos al aumento” – decía el labrador-. Se negaba a venderlos para que los sacrificaran, le bastaba obtener su leche. Era esta una atávica salvaguardia del oficio que le disminuía cargos de consciencia. Varias madres vacunas morían “de muerte natural”, marchitas en su vejez, por la benevolencia del dueño, sin conocer el matadero, y eran enterradas en su terreno, con lágrimas en los ojos vertidas por labriegos amigos, que cavaban los agujeros para devolverlas a la tierra.

El principio de las fuerzas naturales que guiaba la vida de aquel hombre fue sublimado una primavera a través de un juego de palabras que alguna vez dilucidó recostado en verdes praderas. Mientras las nubes se movían perezosas, aparecía incrustado entre azules el astro sol. Con una espiga en la boca, su dueño, viendo la calma del cielo, la tierra y los animales, al tiempo que oía el romper del agua por la cañada, concibió que en el “Sol y dar y dad” estaba el equilibrio de la conveniencia –pensó por ello que sería su fórmula para vivir desde ese entonces-.

El abultado abdomen de Suspiro ahora traslucía una enorme silueta de pera. (...) Qué si, qué si; que tiene una “*Silueta de pera*”. Eso le había escuchado hacía un par de meses a la mujer que la ordeñaba en la mañana. La misma que apostaba que, esa cría, sería una nueva hembra, justamente por la forma del contorno materno.

Con la aspereza de su amable lengua, Suspiro lamió las ropas de la mujer, que risueña, fingiendo, sin embargo, algo de compostura, a su turno acariciaba el morro gigante del grato rumiante que le premiaba su capacidad adivinatoria. “Bueno, bueno...” continuó la mujer, hasta terminar la escena del presagio.

Las madres en lo profundo, y desde un inicio, prevén el hilo vital de lo que será su cría. Intuición, una visión, una indulgencia, una verdad borrosa que se hace nítida cerca a su

momento de cumplimiento premonitorio. Así era como los cuidadores de Suspiro definían y llamaban ese don. Charlas a veces demasiado profundas que tenían los pastores, y que se “daban” mientras clavaban las estacas para sujetar el terneraje.

La portentosa Suspiro balanceaba de manera graciosa al caminar -y en armonía casi sincrónica-, su quijada, su panza y el heredado cencerro medieval, que demostraban, de facto, la conveniente necesidad que tenía de siempre para la humanidad los ecos bovinos. De no ser por ellos y su reproducción, los humanos hubieran puesto en un mayor, y más acelerado, peligro de extinción a las demás especies. Los tres tiempos (pasado, presente y futuro) moldearon en la naturaleza una simbiosis, que aunque con muerte racionada de por medio, unieron para mutuo, y acompasado bien, la evolución de ambas especies, de los antiquísimos rumiantes que se relacionaban de forma estable con la novel humanidad. Y así a los pulgones con las hormigas...

Los humanos en ese espinazo de la noche, llamado historia, cambiaban aumentando su capacidad de aprender, su cerebro, gracias en parte a la leche y la carne de los seres que vivieron cerca de su domo errante. A tal grado se agradecía la relación, que algunos de los humanos, los más contemplativos como el escueto dueño de Suspiro, -incluso- daban gracias al cielo, y decían que, en sí misma, la buena suerte de los bendecidos, tradicionales benefactores de los huérfanos, las abandonadas y los extranjeros, era contar siempre con ríos de leche acompañada de la miel hecha por las diminutas abejas.

La Suspiro arquetípica era beneficiaria, con sus congéneres, de una mayor tranquilidad al no ser asechada por lobos, grandes felinos, u otras fieras, que les proporcionaron a sus ancestros muertes más dolorosas y sufrimientos peores, en sí desgarradores, debido al orden de la vida y sus maneras de mantenerse.

Suspiro caminaba para aliviarse. Con su enjundiosa experiencia de madre, sabía que el caminar por un rato, sin buscar bocados de hierba, le ayudaba a sentirse mejor. Y, por demás, a que la creatura que llevaba dentro, se moviera hasta ponerse a gusto. A Suspiro le sorprendían siempre y en cada ocasión, las patadas y movimientos de esa vigorizante fuerza en su interior, como si cada maternidad fuera una primera vez eterna. El sentir su contento y el jugueteo del *nasciturus* taurino, lograba que fueran llevaderas—alegres—, tales sensaciones.

Los campesinos admiran las cosas desde una cualidad ajena a los hombres de ciudad. Como los científicos observan los hechos, pero por lo general, toman nota mental apenas para sí y los seres queridos. Están desprovistos de egos que quieran imponerles sus normas de vida a los demás, una cualidad que se les volvió problema con la llegada de los tiempos que empezaron a desprestigiar la importancia de los pastores.

Suspiro eyectaba ya chorrillos de calostro desde sus mamas llenas.

Acostumbrados a tener la vista entrenada por las lejanías, las gentes de los campos te escudriñan con un par de miradas; saben muy bien escuchar detalles que sólo son perceptibles por los criterios avezados. Ese es el resultado de las vidas forjadas en medio de una contemplación práctica, es decir, la que medita los hechos aún en la acción misma. No pasaría mucho tiempo para que los campesinos amigos pensaran que podía haber problemas en el parto.

Echada o parada, se le notaba intranquila. El dorso dejaba ver que el pelo se erizaba.

Suspiro esta vez tenía la pequeña creatura atravesada. Los pujos, iniciados hacia mucho, ni una señal de las patas prometían en cada nuevo intento. Pronto, Suspiro fue sintiéndose agotada, el microcosmos que era su organismo se sentía colapsar, soltaba mugidos quedos a la par que sentía que las infructíferas oleadas de incontenible presión y dolor, nada producían excepto el sentir, con mayor intensidad, el contraste entre el frío externo que se le colaba por medio de escalofríos en los sacudones de avivaban su calor interior.

El correr de los demás momentos se compuso de torrentes nebulosos. Suspiro temblaba. Suspiro incontinente sentía que su espalda arqueaba. Defecaba y orinaba. Suspiro se tumbaba, y en nuevos intentos, cada vez con mayor dificultad de paraba. Un grito a lo lejos sonó. Llegaría el hombre que la cuidaba con otra gente, incluyendo al muchacho avizor de hacía un rato. Ahí venían los amigos cargando lazos, baldes, plásticos que eran guantes, y otras indistinguibles cosas.

El tiempo pasaba por brochazos, estallaban entretanto y desde el caos interno los mugidos, escurriéndose los minutos como cardúmenes disfrazando embravecidas olas. El dolor de las parturientas, la tormenta antes de un dudoso sol, se empecinaba en convulsionar el cuerpo de la otrora parsimoniosa vaca. Mugía estirando el cuello otra vez.

El hombre serio, parándola con dificultad mientras sus compañeros le sostenían, entro a su cuerpo los brazos. Con dificultad y pujos que se hicieron suyos también sufría y sudaba reacomodando el ser naciente que se movía incomodo dentro del útero. El gregarismo y la fuerza de los espíritus de las dos especies allí estaban trenzados en cruel batalla del cariño contra la muerte.

Miles de años atrás, los predecesores del hombre serio habían iniciado un algo inexplicable para ellos mismo en medio de las demás creaturas. Recibido como bendición, en los diversos clanes su genealogía había instaurado en sucesiones diversas por medio de mogúres, de shamanes, de curanderos, comadronas, médicos, cirujanos y albéitares, la capacidad de racionar. Estos ineluctables líderes discretos, como la humildad que elogian,

han empujado generación tras generación los pujos de la supervivencia de la vida misma. Fijaban cuotas de caza, calculaban raciones de alimento, de hojas medicinales y para la caza, pedían con fe incomprensible por el sol y el agua, nombraban tótems responsabilizando a grupos de jóvenes del cuidado de las especies a cargo, ayudaban en partos que resultaran complicados, distribuían equilibradamente los insumos de la vida, debido a una sabiduría innata, de exaltación aprendida, cultivada en la experiencia y el gregarismo. Controlaban las emotividades y comportamientos lesivos. Allí con Suspiro había llegado su dueño, el portador de ese legado entendido como la racionalidad. Su dueño era un médico de animales, como Aristóteles, un Veterinario.

Algo súbito hubo de recomponerse con el accionar de su amigo médico en sus adentros mientras le caían espesas gotas de sudor de la frente y colmaba el lugar con los gritos de sus esfuerzos. Las patas asomaron. Y como un rayo, el hombre serio, de los adustos gestos, halaba las manos del próximo neonato, agarrándole por la cuartilla arriba de sus pezuñas.

Saltó empapado en agua-sangre el feto a la tierra. Y así saltó el muchacho avizor con unos trapos a secar y refregar las narices y la piel de la criatura por indicación del que parecía ser un poco sensible, el hombre serio.

Eso fue todo. Un final, a la vez, nuevo inicio, de cómo Suspiro entregaba a la tierra un nuevo aliento, y *daba a Luz*: el nombre dado por el hombre adusto, con el que nombró a su nueva hija, a la que con afecto, ahora lamía.

“For Isabel”

Abril/2014